

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



www.loqueleo.com/ec

© 2018, Antonio González

© De esta edición:

2025, Santillana S. A.

Vía a Nayón y De Los Granados

Centro Corporativo Ekopark. Torre 5, piso 5

Teléfono: 3350 356

Quito, Ecuador

Parque Empresarial Colón

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-918-0

Impreso en Ecuador por Grafitext

Primera edición en Santillana Ecuador: Enero 2025

Primera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2025

Gestión y coordinación creativa: Marvin Monzón

Edición: María Fernanda Montenegro, Marvin Monzón y Eduardo Villalobos

Corrección de estilo: Julio Santizo Coronado

Ilustraciones: César Pineda Moncrieff

Coordinación de arte y diagramación: Sonia Pérez

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por Eduardo Villalobos en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Nina No

Antonio González



loqueleo

No es no

Me dicen «Nina No», y de haber hecho caso a la prohibición que acompaña a tal nombre, esta historia podría no haber sucedido.

El origen de mi sobrenombre carece de misterio, pues, como ustedes saben, los niños hemos estado gobernados por el *no* desde tiempos prehistóricos. Ya puedo imaginar al hombre de las cavernas gruñéndole a su hijo (digo, porque en las películas es así como se comunican los cavernícolas): «¡Grrrrff, rrrrrffffggg, frrrrffff, hummm, hummm...!». Traducido, esto significaría, más o menos: «¡No

toques el fuego que recién descubrí, que te vas a quemar!».

Si se fijan bien, poco ha cambiado desde aquel primer porrazo. Lo reconocerán en el infaltable «no te metas los dedos en la nariz», pasando por el clásico «no toques eso, que vas a romperlo y no tengo dinero para pagarlo». A este le sigue, casi como una norma: «¿Acaso crees que el dinero crece en los árboles? ¡No, señorita!» o el consabido: «*No es no*. ¿Qué parte de *no* no has entendido?». Entonces, me pregunto: ¿Por qué se sienten atraídos los adultos a repetir *no* cinco veces en una sola frase?

Pues bien, me llamo Nina, y el *No* que escolta mi nombre es producto de mis balbuceos —debo confesar—, pues mis primeras palabras no fueron *mamá*,



papá, zapato, bombilla ni nada parecido, sino ese juego de palabras que tenía cierto ritmo gracias a la cantidad de veces que escuchaba el terrible *no* después de mi nombre. Sería muy distinto si me llamase, por ejemplo, Maclovia, Hermenegilda o Teófila, aunque mamá no habría sido tan cruel y despiadada. Creo...

Hablando de ella, es importante que sepan que trabaja como vigilante en el zoológico y se encarga de prohibir cualquier cosa. Cuando digo *cualquier cosa*, me refiero a *absolutamente todo*. Acaban de darle una medalla por sus «méritos negativos», aunque ni ella misma consigue entender si eso es bueno o malo, si agradecerlo u ofenderse. El punto es que se le ha ocurrido, a raíz de tal reconocimiento, tapizar con rótulos

informativos todos los recintos del zoológico. Acá algunos ejemplos:

NO sentarse en los barrotes que separan a los visitantes de las jaulas. Si usted cae, podrían comérselo y los animales podrían enfermar. Por su atención, gracias.

Precaución: NO permita a sus hijos permanecer cerca del recinto. Aunque los tigres aman a los niños, estos son muy difíciles de digerir.

Y así, su vida está llena de tantos noes que es imposible que en casa haga lo contrario. Otra cosa: si son curiosos podrían contar la cantidad de veces que he dicho *no* hasta ahora. Pues bien, mamá las anota en una pequeña libreta. Hace poco llegó con la noticia de que había dicho *no* trescientas veintidós veces en el día, eso sin contar los noes que

dijo en casa. Es como un tic, algo imposible de evitar. Es más, cada vez que de su boca sale un *no*, le brinca un poco el ojo derecho.

12

Un paseo grasoso

Esa mañana, al salir rumbo a la excursión escolar, ¿saben cuáles fueron las primeras y últimas palabras de mamá? Si pensaron «no», estuvieron cerca.

—Pórtate bien. No hagas enfadar a la maestra. Solo pórtate bien.

Es una manía de los padres, creo, esa de creer que uno va por la vida buscando qué averiar o en qué lío meterse, ¿cierto?

Me acompañó hasta el bus que la señorita Lulogia hacía rugir hundiendo el pie en el acelerador.

—¡Vamos a llegar tarde, Nina No!
—gruñó la mujer.

13